



En la noche de marzo la Señora descendió de los Cielos y nos regaló su Cíngulo.  
Todas las alondras del alba cantaron —cantaron— el milagro.

La luna era la flecha y la diana  
en el arco celeste de la esfera  
—ya convexa, ya cóncava, ya plana—.

Y detuvo la luna su carrera  
por soñar aquel sueño no soñado,  
y el agua se detuvo en la ribera.

La tierra manó miel por su costado,  
y a la hora callada de maitines  
flores rojas abrió el rojo granado.

La música sangraba en los violines  
hacia tu pie sin sangre y sin serpiente,  
hacia tu pie de lunas y jazmines.

Tu blanco pie pisaba dulcemente;  
pisabas sin pisar, pisando apenas  
en leve geometría de tangente.

Si ayer oscura sequedad de arenas  
tu pie fué entonces mar de quieta espuma,  
leche blanca de blancas azucenas.

La tierra fué la resta y Tú la suma:  
Tú sumabas Arcángeles plumados  
y ella restaba Arcángeles sin pluma.

Olvidando cipreses y pecados  
llegaste en amorosa singladura,  
circundada de Espíritus alados.

Tu Cinta nos ató —dulce atadura—  
aquella medianoche de aquel marzo,  
cuando quedó sin Cinta tu cintura.

GERARDO VERGÉS PRINCEP